

Aquí la testigo explica que durante la permanencia del señor Armand en París, Mauricio iba de vez en cuando á arreglar la habitacion en la ciudad; que de este modo entró en relacion con él; pero que este tiempo no le bastaba para haber podido formar una opinion propia sobre la pregunta que le dirige el señor Presidente, sobre si cree que Mauricio Roux es capaz de haberse inferido todo el daño que padeció con el objeto de sarcarle dinero á su amo.

El señor primer Presidente.—¿Por qué dejasteis la casa?

R.—Por razon de mi salud; no me encontraba bien: no tenia queja alguna de la casa.

A una nueva pregunta del señor Presidente para que la testigo diga si estaba sola la señora Armand cuando ella entró en el cuarto, contesta con una nueva afirmacion la testigo.

El señor procurador general.—¿Qué hora era cuando el señor Armand os pidió pan para desayunarse?

R.—Las nueve poco mas ó menos: aún no habia dado la infusion, la estaba preparando.

El señor primer Presidente.—¿Estaba vestido con bata y zapatillas?

R.—No me acuerdo; no presté atencion á lo que se me pregunta.

Armand.—¿Querrá preguntar el señor Presidente á la camarera, si me oyó cantar á media voz en aquel día, como tengo costumbre de hacerlo mientras me lavo y peino?

La testigo.—Sí; oí cantar al señor como de costumbre.

El señor primer Presidente.—¿A qué hora?

La testigo.—Era cuando la señora me llamó para que fuese á buscarla el baño. Creo que se estaba vistiendo, yo no lo ví.

El señor procurador general.—Es una prueba mas de que el señor Armand no estaba con su mujer.

El señor Lachaud.—Pero es una prueba de que no estaba en el subterráneo, supuesto que la testigo le oyó cantar en su cuarto.

El señor Julio Favre.—Es la destruccion completa de la acusacion!

El señor primer Presidente.—Lo que dejo sentado es que al entrar la testigo en el cuarto de la señora Armand, no estaba en él el acusado á las ocho y me-

diá, supuesto que le oyó que estaba cantando en su cuarto.

Armand.—Hacedme el obsequio, señor Presidente, de preguntar á la testigo si el dia antes, al entrar en el cuarto de la señora Armand no me vió en la cama, y si mi esposa no le prohibió que desde aquel momento, en lo sucesivo, no se permitiese el entrar sin que se la llamara.

La testigo.—No fué la vispera, fué dos ó tres dias antes.

Se suscita entre la testigo y el acusado una discusion sobre este punto. Segun la testigo el hecho tuvo lugar un dia que llevaba un baño para el señor. Segun el acusado, no se acuerda de haber tomado baño alguno en su casa; la testigo solo conserva vagos recuerdos en virtud del tiempo transcurrido desde que ocurrieron los hechos.

El señor primer Presidente, á la testigo.—¿A qué hora y en que momento dijisteis á la señora Armand, «he visto al señor que se desayunaba, pero debe haber bajado?»

R.—Cuando la señora salió de su cuarto me preguntó; ¿habeis visto al señor? á lo que contesté, «no sé si está en el tocador ó si ha bajado,» serian las diez: la señora tomó un baño frio.

El señor primer Presidente.—La señora no tomó el baño.

La testigo Hauterive.—La señora tomó un baño frio.

El señor primer Presidente.—¿Y fué en ese momento cuando contestasteis á la señora?

Armand.—En aquel momento yo me desayunaba. La camarera hizo la infusion á las nueve. ¿Qué dijo la señora cuando la llevó la infusion?

La testigo.—Iba yo á entrar en el cuarto cuando la señora me dijo: «No entreis, dejad la infusion sobre la mesa.»

Armand.—Lo que prueba que mi esposa estaba aún en la cama y que no estaba sola, pues es natural que una camarera que va á llevar una infusion á su ama pueda entrar en su cuarto; para esto no tiene mas que llamar. Si se recuerda ahora la órden que se habia dado á la camarera, de que no entrase cuando yo estaba en el cuarto de mi esposa, hasta que se la llamase, órden que se habia dado, ya

sea el anterior, ya dos ó tres dias antes, véase como el no dejarla entrar con la infusion, prueba que yo estaba en el cuarto de mi esposa. Como no podia tomar esta un baño general, la señora Armand pidió un baño de asiento; hubo necesidad de algun tiempo para prepararlo, ¿en qué momento le preguntó la señora si habia yo salido? ¿Era antes ó despues del baño?

La testigo.—La señora no habia tomado aún el baño: lo tomó á cosa de las diez.

Armand.—Precisamente á aquella hora yo comia un pedazo de pan en el comedor.

El señor primer Presidente, dirigiéndose á Armand.—Dejadme resumir esta importante declaracion: á las ocho y media, hora que puede afirmar con precision Maria Hauterive, entra en el cuarto de su señora donde no os ve; pero os oye tararear en vuestro cuarto. La señora la envia á un establecimiento á pedir noticias de un baño que espera y que no le llevan. Vuelve un cuarto de hora despues á ver á su ama, la cual la pide una infusion. La jóven va á la cocina á prepararla, va en seguida al comedor donde os encuentra: la pedis pan y ella os lo dá, con lo cual os desayunais. Vuelve á la cocina á tomar la infusion y se la lleva á la señora Armand, la cual la dice: «no entreis,» dejándola entonces en la antecámara.

Armand.—Pero va á preparar el baño de asiento; se le ha dicho que no entre.

El señor primer Presidente.—Ya llegaremos. Dejad que deje sentado lo que dice la testigo.

El señor Lachaud.—La hora queda fijada poco mas ó menos por lo que dice la testigo. La señora Armand dice: «no entreis,» cuando la lleva la infusion.

El señor primer Presidente.—Es indudable para mí que antes de llevar la infusion era necesario que la hiciera, y fué mientras la preparaba al comedor donde vió á Armand que la pidió pan. Dióselo, y solo cuando despues de haber ido á la cocina llevaba la infusion é iba á entrar en el cuarto de su ama fué cuando se le dijo: «no entreis.»

Armand.—Es necesario, sin embargo, que poco mas ó menos fije la hora.

El señor primer Presidente.—Deseo que todo quede bien fijado; pero lo que me parece bien determinado con independencia de la hora, es que os vió en

el comedor y que os dió pan mientras la infusion se preparaba y antes de ir á llevarla.

El señor Lachaud.—Precisamente sobre este punto es donde se equivoca la testigo. Suponed que á las nueve la señora la pidió la infusion; la señora Armand la dijo que preparase un baño de asiento. La camarera prepara este, y cuando á cosa de las diez la lleva, su ama la pregunta si su marido está aún en la casa ó si ha salido: en este momento estaba Armand en el comedor desayunándose.

El señor primer Presidente.—He oido perfectamente que queréis hacer decir eso á la camarera, lo que no he oido es que lo haya dicho (dirigiéndose á la testigo Maria Hauterive). Seguidme con vuestros recuerdos y corregid lo que yo diga, si me equivoco. Entrasteis á las ocho y media en el cuarto de vuestra señora, ¿estais segura de la hora, visteis á Armand?

La testigo.—No señor.

P.—¿En aquel momento le oisteis tararear en su cuarto?

R.—Sí, señor.

P.—Fuisteis á pedir noticias de un baño: entrasteis por segunda vez en el cuarto de vuestra ama; ¿estaba Armand?

R.—No, señor.

P.—¿Vais á preparar la infusion, volveis y visteis á Armand; os pide pan y se lo dais. Vais á la cocina á cojer la infusion, llamais en la puerta del cuarto de vuestra ama y os dice «no entreis.» Esto es exacto y preciso hasta no poderlo ser mas. Yo os pregunto ahora en que momento os preguntó vuestra ama si habiais visto desayunarse á vuestro amo.

R.—La señora se habia levantado cuando me preguntó donde estaba el señor.

P.—¿Os preguntó si se habia desayunado vuestro amo?

R.—La señora no habló de desayuno; me preguntó tan solo si habia visto al amo, á lo que contesté: «no sé si está en el comedor ó si ha bajado.» No estaba segura porque hacia poco tiempo que la habia visto.

El señor Lachaud.—Cuando la señora preguntó á la testigo por su marido, estaba ya levantada, y no era cuestion de desayuno!

El señor procurador general.—Y bien, Armand,

como conciliais la contestacion de la testigo con la respuesta que disteis en la instruccion de que desde las ocho y media hasta las nueve y media habeis estado al lado del vuestra esposa?

Armand.—La sostengo porque es la verdad.

El señor procurador general.—Los señores jurados apreciarán.

El señor primer Presidente.—Los señores jurados apreciarán; esto está fuera de toda duda, es su mision. En cuanto á nosotros, nuestro deber es dejar fijados los hechos, y gracias á Dios nos parecen bien fijados. Dijisteis al señor juez de instruccion diferentes veces, y lo sosteneis hoy mismo, «á las ocho y media, y despues de las ocho y media hasta las nueve y media, yo estaba con mi esposa.» Sobre este punto no concordais con la testigo que dice que á las ocho y media, no estabais en el cuarto de vuestra mujer...

Armand.—La testigo me ha oido tararear en aquel momento en mi cuarto.

El señor primer Presidente.—Y cuándo volvió la testigo del establecimiento de baños á cosa de las nueve, la señora Armand estaba sola en su cuarto.

El señor Julio Favre.—Pero si Armand no estaba al lado de su mujer, estaba en la casa.

El señor primer Presidente.—En fin, hay contradiccion entre la testigo y Armand sobre la hora en la cual este último estaba con su esposa.

El señor Lachaud.—Sí, hay contradiccion, esto es indudable.

Se suspende la audiencia por unos momentos.

INTERROGATORIO DE MAURICIO ROUX.

El señor primer Presidente.—Ugier, introducid á Mauricio Roux.

Manifiéstase un vivo movimiento de curiosidad en el auditorio. Transcurren algunos instantes, y por fin se ve á Mauricio Roux que adelanta en la sala de audiencia; fijanse en él todas las miradas; está pálido y anda apoyado en un bastón. Su traje es hasta elegante, mas parece un hombre de la buena sociedad que un criado.

El señor primer Presidente.—Mas que nunca, ahora recomiendo al auditorio la mayor impasibilidad y el mayor silencio.

Mauricio Roux, cochero en Montpellier.

El señor primer Presidente.—¿Habeis estado al servicio del acusado?

R.—Sí, señor Presidente, durante tres meses y medio.

P.—¿Le conociais antes?

R.—Desgraciadamente para mí, no.

P.—Levantad la voz tanto cuanto os sea posible, y decid lo que tengais que exponer.

Mauricio Roux.—Tengo que decir que ya hacia tiempo que este hombre me guardaba un ódio profundo, y cuando servia la comida me miraba con un aire maligno: fué á la cochera y al encontrarme me dirigió varias amenazas; cuando yo comprendí su ódio, lo mas corto y mejor que tenia que hacer era buscarme otra casa, por lo que fui á encontrar á un antiguo cochero, al señor Guerin, quien me indicó una colocacion en casa del señor Mistral, un buen amo. Me presenté; pero no tenia necesidad de cochero, por lo que volví á tomar mi servicio en la casa. Cuando llegaba la noche este hombre estaba mas furioso que nunca contra mí; me reñia, se disputaba conmigo por todo, y mas que nunca me dirigia las mayores amenazas; nunca se ha visto un leon parecido. Teniendo la intencion de dejar su servicio nunca le contesté una palabra. Cuando estaba en la plenitud de su furia, yo me decia: «tienes la intencion de marcharte de esta casa, cállate, pues si dices algo seria fácil que se echase sobre tí.» Viendo el balcon del comedor abierto me callaba, tanto mas cuanto veia que se podia oír lo que me decia y produciria muy mal efecto; por todo esto, lo repito, yo no contestaba palabra y me iba á la cocina á comer. De resultas de estas amenazas que me habia hecho no pude comer, y solo bebí agua.

Al dia siguiente de esta escena, de resultas de la cual me quedé sin comer, habia concluido mi trabajo en la cuadra cuando fui á la casa para hacer mi servicio; cojo las llaves, bajo á buscar leña al subterráneo, subo sarmientos y algunos trozos de leña; me parece que iba corriendo. A las ocho fui á abrir los balcones y cojí la ropa de ese hombre para acpillarla. Habiéndome pedido la cocinera que le subiese algunos trozos de leña, volví á cojer las llaves; vuelvo al subterráneo y subo sarmientos y trozos me-

dianos de leña. Habiéndome pedido la cocinera trozos grandes de leña, y en vista de su observacion, cuando subí los anteriores que no eran de los grandes, me decidí, ya que tenia tiempo, á volver al subterráneo. No subí esta vez como habia bajado, bien lejos de esto. Púseme de rodillas para cojer la leña, que puse en mi delantal; entonces fué cuando oí la voz del miserable que estais viendo, el cual me dijo: «Voy á enseñarte si mi casa es la de un pelgar;» me volví y le reconocí, pues le estaba viendo como le veo ahora. El mismo fué el que me asesinó y martirizó todo el cuerpo, dejándome magullado y por reliquia los fuertes dolores que aun tengo en todo el cuerpo. (El testigo se detiene.)

El señor primer Presidente.—Continuad.

Mauricio Roux.—Ha hablado de una jóven de Alais; ha dicho que fui yo quien para obtener dinero me habia hecho todo esto. Sabedlo bien, miserable, el dinero no me ha tentado nunca ni me tentará; tengo en mas mi honor y mi persona que el dinero.

El señor primer Presidente.—No os dirijais al acusado.

Mauricio Roux.—Me gusta mucho el dinero; pero es el dinero ganado con el sudor de mi frente, y no el dinero ganado como ha querido decir ese miserable.

P.—Contadnos lo que pasó en el subterráneo.

R.—Cuando me dijo «voy á enseñarte si mi casa es la de un pelgar!» me volví y le reconocí, mientras él me maltrataba dándome un golpe que me atontó. Sentí en seguida que se precipitaba sobre mí de una manera muy violenta y enérgica. Eché sangre durante algun tiempo, y aún la arrojé cuando toso muy fuerte, por efecto de los golpes que me dió en el pecho.

P.—¿Con qué os pegó?

R.—No podria explicarlo bien, señor Presidente; no ví si tenia algun objeto en la mano.

P.—¿Recibisteis el golpe de improvisó?

R.—Al volverme, sin que yo me fijase en él de una manera detenida le reconocí perfectamente. En seguida me tiró al suelo.

P.—¿No sentisteis nada?

R.—Sentí que se echaba sobre mí, y aún conser-vo de esto claras señales; aún me hace daño el pecho.

P.—¿Sabeis lo que pasó durante la noche cuando recobrasteis los sentidos?

R.—No puedo decirlo; solo diré que cuando estaba en el subterráneo me parecia oír algo como si barriesen. Me sentia de tal modo que no sabia si era yo ó no.

P.—¿En qué consistia que no llamaseis?

R.—Es probable que la respiracion me faltase: tal vez grité; no puedo explicarme, estaba en momentos muy graves, estaba muy malo.

P.—Fuisteis llevado á un cuarto y allí recobrasteis el sentido; ¿que visteis?

R.—Segun me han dicho, reconocí ante todo á Armand, al señor Biguet, en fin, á muchas personas, entre otras al señor Surdum, segun me parece.

P.—¿No os acordais de otras personas?

R.—Me acuerdo de haber visto al señor Armand, al señor Biguet y al señor Surdum: no me acuerdo de otras.

P.—¿Os preguntaron quien os habia asesinado? ¿Contestasteis?

R.—No, señor Presidente; pero segun lo que estos señores me han dicho, indiqué el nombre de Armand por medio de las letras del alfabeto. Quería hablar, pero no podia.

P.—¿Visteis que Armand se acercaba á vuestro lecho?

R.—Me acuerdo perfectamente que el señor Biguet se acercó á mí y me dijo: «Me conoceis? por medio de un signo de cabeza le respondí: «perfectamente.» ¿Reconoceis á Armand? y del mismo modo respondí: «perfectamente.» Avanzó hácia mí, quise cojerle; pero no teniendo fuerzas en el brazo, solo cojí su chaleco y sentí que se escapaba. Estos señores que estaban allí debieron verlo como yo.

P.—Se le hizo acercar una segunda vez á vuestra cama. ¿Os acordais?

R.—Fué en el hospital, señor Presidente.

P.—¿Cuando estabais en vuestro cuarto el juez de instruccion no le hizo acercarse otra vez á vuestro lecho?

R.—No me acuerdo. Paréceme que solo le ví una vez; no podria afirmarlo.

P.—En el hospital se le condujo al lado de vuestra cama; ¿qué dijisteis en aquella ocasion?

R.—Lo que se merecía; que era un asesino, lo repito ahora, y lo repetiré mientras el mundo sea mundo. De nada le sirve negar; yo juro delante de Dios que él fué el que me asesinó, el que me martirizó todo el cuerpo, que solo ví á él, personalmente á él.

P.—¿Estais bien seguro de haberlo reconocido?

R.—Seguro, mas que seguro.

P.—El dice que fuisteis vos mismo el que os pusisteis en el estado en que se os encontró en el subterráneo.

R.—Esto no me maravilla; hace mucho tiempo que lo dice, no es cosa de hoy. ¿Cómo quereis que un pobre criado como yo se magullase el cuerpo con un trozo de leña y se atase los miembros? ¿Quién lo dice? Un miserable como ese; yo no soy un hombre como él, yo tengo mi honor como criado, y no como un miserable semejante.

P.—¿Es decir que perseverais en vuestras afirmaciones?

R.—Yo las afirmo delante de Dios, delante de esos caballeros y señores que me oyen, delante del tribunal; ese miserable fué el que me asesinó.

P.—¿Y por qué os asesinó?

R.—No oí sino esto: «*Voy á enseñarte si mi casa es la de un pelgar.*» Si dijo algo mas yo no lo oí. Desde el punto en que yo estaba aturdido, yo no podía oír nada.

P.—¿Por qué suponeis vos que Armand quiso asesinaros?

R.—Hay lo siguiente: la víspera yo estaba en la cocina, hablaba del delito de infanticidio; contaba que habia conocido yo una muchacha que habia cometido uno. El miserable escuchaba detrás de las puertas, tal vez oyó cuanto decíamos. No sé si habia cometido algun crimen igual al que yo contaba. (*Rumores en el auditorio.*)

El acusado Armand se levanta para hablar.

El señor Lisbonne.—Callaos, señor Armand, el silencio es vuestra salvacion!

El señor primer Presidente.—¿No encontráis otra razon?

R.—Dije que su casa era una barraca, la casa de un pelgar: lo confieso sin ambages, solo me equivoqué al decir que era la de un pelgar, es la de un miserable asesino como él.

P.—¿Pero no se asesina á un hombre porque diga que la casa de su amo es la de un pelgar!

R.—Paes no puedo alegar ni decir otra cosa. Si lo supiera lo diria. Desgraciadamente todo el mundo cree que un hombre no puede haber asesinado por esta razon; pero yo estoy aquí para decir con toda franqueza la verdad, y no puedo decir otra cosa á los señores del tribunal.

P.—¿Armand, oís á este hombre?

El acusado Armand.—Sí, le oigo, señor Presidente, y vos tambien. Supongo que despues del interrogatorio á que le habeis sujetado habreis quedado convencido, como todo el mundo. Se le ha preguntado, y el juez de instruccion ha sido hastante complaciente, pues no han sido pocas las veces que se le ha preguntado si creia en otra razon. Vos acabais de oír como yo, que yo habia cometido un infanticidio.

Mauricio Roux.—Yo no he dicho eso; pero no tendria nada de sorprendente en que lo hubiese cometido, pues ha cometido otro crimen en mi persona.

Armand.—¡Miserable!

Mauricio Roux.—¡Vos sois el miserable, y mas, mucho mas que yo!

Armand.—Vos sois un miserable como no hay otro en el mundo. ¡Por vos he sufrido siendo inocente ocho meses de prision!...

Mauricio Roux.—Y espero que estareis mucho mas tiempo en ella, pues lo merecis ¡miserable asesino!

El señor Lachaud.—Es preciso que no se permita insultar al acusado, ó de lo contrario él se defenderá.

El señor primer Presidente.—¿Qué es lo que quisisteis decir hace poco? ¿es que queriais acusar á Armand de infanticidio?

Mauricio Roux.—Hablabo yo de infanticidio delante de la cocinera y de la camarera; entonces conté la historia de una muchacha que yo habia conocido, la cual habia cometido un delito de infanticidio. La cocinera me dijo:—Callaos.—Lo que digo puede perfectamente decirse.—Vos no sabeis que Armand escucha siempre.—Poco me importa que escuche; lo que yo digo se puede decir.

P.—¿Qué relacion tiene todo eso con el motivo que pudo tener Armand para asesinaros?

R.—Ninguna. Solo que despues de mi experiencia, yo decia, tal vez ese hombre ha cometido algun otro crimen; tal vez ha dado algun golpe parecido.

P.—¿Es decir, que investigando vuestro espíritu para saber por que os asesinó, vos os habeis imaginado que tal vez seria por lo que decís?

R.—Yo he dicho tan solo que despues de lo que me ha pasado, yo no veia otro motivo.

P.—¿De otro modo: vos no sabeis encontrar el motivo por el cual os asesinó?

R.—Desgraciadamente, no; si lo supiera lo diria.

P.—Lo que afirmais es que fué él y nadie mas que él quien os dió el golpe por detrás en la cabeza?

R.—Sí, señor Presidente.

P.—Hé aqui lo que teneis por cierto.

R.—Yo lo afirmo, y lo afirmaré siempre.

P.—¿Sabeis, Mauricio Roux, que si habeis acusado á Armand falsamente, habeis cometido una accion horrible?

R.—No le acuse en falso, señor Presidente. Desde el punto en que el hecho es realmente cierto, yo no tengo que reprocharme de nada.

P.—¿Sabeis que no hay cosa peor en este mundo que el acusar en falso á un inocente?

R.—Yo soy el inocente. Si hubiese muerto, hubiera muerto inocente.

P.—Hacer que un hombre esté preso ocho meses; esponerle á ser perseguido, tal vez condenado!...

R.—Lo merece... Merece mas de ocho meses.

P.—Todo eso seria por demás odioso, horrible.

R.—Aún merece mas.

P.—¿Sabeis tambien que si llegais á ser considerado como un testigo falso, la justicia puede poner os en una cárcel en lugar de Armand?

R.—No tengo que temer nada; tengo en ese punto mi conciencia tranquila y puedo afirmarlo.

P.—Pensad delante de quien estais. Es una asamblea augusta, así puedo calificarla; ¿tendriais valor aquí, delante de los señores jurados, delante del tribunal, delante de este público imponente, delante, en fin, de Dios que os oye, y ante el cual habeis prestado juramento, tendriais valor de acusar falsamente á este hombre?

R.—Yo no le acuso en falso, es culpable hasta

no poder serlo mas. A él fué á quien yo ví en el subterráneo.

P.—Hay que escoger entre vos y Armand; trátase de saber cuál de los dos dice la verdad.

R.—Yo la digo; yo digo la verdad pura y franca.

P.—Las consecuencias tiene que sufrirlas el uno ó el otro, y entendedlo bien, pueden ser terribles.

R.—Creo que no he de ser yo el que las haya de sufrir desde el punto que mi conciencia está del todo tranquila.

P.—¿Habeis estado enfermo, bien enfermo?

R.—Lo estoy aún, pues el camino de hierro me ha traqueteado de tal modo que me ha producido dolores en todo mi cuerpo. Los tengo en la cabeza: ¡todo puedo soportarlo despues de los sufrimientos que me ha hecho pasar ese miserable! Si no estoy muerto, yo no debo morir nunca.

P.—¿Cuando estabais en el hospital se os creyó bien enfermo?

R.—Lo estaba realmente.

P.—¿Quién os obligó á que os confesaseis?

R.—Nadie. El cura me lo propuso, y yo le dije: «perfectamente, con el mayor gusto.»

P.—Se os procuró un sacerdote; os confesasteis, comulgasteis despues; pues bien, ¿en momento tan solemne no era del caso que os retractaseis?

R.—Por nada del mundo; hice todo lo contrario. Solo en momentos como esos se afirma lo que es verdad; me sentia en el artículo de la muerte, y afirmé que ese miserable me habia asesinado.

P.—¿Lo repetisteis en aquel momento?

R.—Lo repetí y lo repetiré mientras viva.

P.—No sé qué deciros para conjuraros á que me digais la verdad.

R.—Podeis decirme cuanto querais; preguntarme durante veinte y cuatro, durante cuarenta y ocho horas seguidas, y me vereis siempre decir que fué ese miserable quien me asesinó: lo juraré mientras viva, que no ví mas que á él. Estoy cierto que fué él; mas que cierto.

P.—¿No habeis tenido la tentacion, el pensamiento de dejar creer que habiais sido asesinado, que os habiais atado las manos y rodeado una cuerda al cuello á fin de obtener dinero de Armand?

R.—Nunca me ha tentado el dinero.

P.—Vos sabiais que era rico, y tal vez os diriais: así obtendré mas dinero de él que de otro modo.

R.—He servido en casas mas ricas que la suya y nunca me ha tentado el dinero ni me tentará. Lo he llevado yo mismo estando en casa de otros amos y no les ha faltado nada. *Yo pienso mas en mi bolsa que en tener el dinero de mis amos.* (Rumores en el auditorio.)

El señor primer Presidente.—¿Qué habeis querido decir con eso?

R.—En la casa del señor Dupuis pensaba mas en mi bolsa que en coger el dinero á mi amo.

P.—Veamos; ¿de dónde sois?

R.—De Bourg-Saint-Andeol; allí nací, y en aquel pueblo permanecí diez y nueve ó veinte años. No me tocó la suerte de ser soldado, y entré en casa del señor de Lamartine despues de haber estado dos años sirviendo de mozo en un molino.

P.—¿Cuánto tiempo estuvisteis en casa del señor de Lamartine?

R.—Durante nueve años.

P.—¿Conocisteis allí á una jóven llamada Filomena Deserret?

R.—Sí; y si se hubiese portado bien me habria casado con ella; pero tuve razones muy graves para no hacerlo.

P.—¿Esa jóven tuvo un hijo de vos?

R.—De mí ó de cualquier otro, señor Presidente: muchos la frecuentaban como yo; yo frecuenté su trato cinco ó seis años.

P.—¿Qué hizo de su hijo?

R.—Fué perseguida y condenada por haberlo matado. ¡Fué á presidio y está en Montpellier!

El señor Lachaud.—¡Hé ahí el infanticidio!

El señor primer Presidente.—¿En aquel momento no estabais al lado suyo?

Mauricio Roux.—Hacia mucho tiempo que no la veia; yo estaba en Alais al servicio del señor Dupuis.

P.—¿Al dejar al señor Madier de Lamartine, á qué casa fuisteis?

R.—A París; habia colocado á mi hermano en mi lugar, y yo fui á buscar una colocacion en París donde los cocheros me dijeron: «Cuando nosotros llegamos á París estuvimos al menos un mes sin en-

contrar colocacion.» Como yo no tenia dinero, dejé á París. Mi antiguo amo me hizo entrar al servicio del señor de Felix en Aviñon; allí estuve poco tiempo; el señor de Felix me colocó en la casa de campo, cerca de Arlés. Como yo no servia á gusto en casa del señor de Felix, la dejé para entrar en el servicio del señor Dupuis que me habia ofrecido entrar á su servicio. Allí permanecí unos veinte meses.

P.—Allí conocisteis á otra jóven llamada Luisa Abraham. ¿Tuvisteis de ella algun hijo?

R.—No, señor Presidente.

P.—¿Por qué razón no os casasteis con ella?

R.—Tuve mis razones.

P.—¿Dejasteis el servicio del señor Dupuis y desde él pasasteis al de Armand?

R.—Hubo un intervalo de mes y medio ó dos meses. Dejé el servicio del señor Dupuis el 24 ó 25 de Diciembre. Estuve algun tiempo en mi casa, despues estuve algunos dias en casa de mi conocida en Alais, desde donde vine á Montpellier.

P.—¿Cuánto tiempo hacia que estabais en casa de Armand cuando ocurrió el suceso?

R.—Hacia tres meses y medio.

P.—¿Durante este tiempo á quien tratabais en Montpellier?

R.—A nadie.

P.—¿Ibais á la taberna?

R.—No con frecuencia.

P.—¿Gastabais mucho dinero?

R.—No, porque no lo tenia.

P.—¿Jugabais?

R.—Jugaba al billar ó á las cartas cuando se me presentaba ocasion, como todos los cocheros lo hacen.

P.—¿Jugabais dinero?

R.—Hacia la partida, pero no me acuerdo haber jugado un sueldo; ¡bien léjos de eso!

P.—Se queja Armand de que no erais exacto en el servicio.

R.—Lo era demasiado.

P.—Y dice que no haciais de una manera regular cuanto teniais que hacer; que no estabais á las horas marcadas para poner la mesa, y por último, que habiais roto algunos objetos de su mobiliario.

R.—Rompí unas vinagreras, pero si me lo echa en cara, aquí estoy para pagárselas, aún tengo dine-

ro para poder pagar eso. No tengo la culpa si las vinagreras se rompieron; he servido en casas mas dificiles de contentar y han estado muy contentos conmigo.

P.—¿La vispera del 7 de Julio hicisteis exactamente cuanto estaba encomendado á vuestro servicio?

R.—Cuando llegué á la casa la mesa estaba ya puesta, pero eran tan solo las siete menos algunos minutos.

P.—¿Tuvisteis una pequeña discusion con Armand?

R.—Tuve con él una fuerte discusion cuando volví á la casa; es un hombre que se enfada muy fácilmente.

P.—¿Qué os dijo mientras la discusion?

R.—Me dijo que servia muy mal y me dirigió fuertes amenazas. ¡Si fuera necesario contarlos todos ¡caramba! no se acuerda uno de todas esas palabras. Yo no respondí, pues se hubiese enfadado más, me hubiese pegado y yo no hubiera podido encontrar colocacion en casa alguna de Montpellier.

P.—¿Digisteis que su casa era la de un pelgar?

R.—Sí que lo dije en la cocina; allí se pueden decir muchas cosas.

P.—Buscabais una colocacion en aquellos momentos. ¿A quién os dirigisteis para eso?

R.—A un cochero á quien conocia, el cual vive en la casa de un tabernero. El fué quien me indicó una colocacion.

P.—¿Entonces ese asesinato cayó sobre vos casi en el mismo momento en que ibais á salir de la casa de Armand?

R.—Es preciso que sea un miserable para que me haya hecho todo lo que me hizo sin tener motivo alguno.

P.—No podeis encontrar motivo; ¿pero el hecho lo seguís afirmando siempre?

R.—Yo lo afirmo y lo afirmaré mientras viva.

P.—La causa debió ser juzgada en Montpellier; vinisteis para ser oido como testigo; ¿qué pasó la vispera del dia en que debiais declarar delante del Tribunal de los Assises?

R.—Llegué dos ó tres dias antes con mi padre (aquí el testigo cuenta de que modo empleó el dia en

cosas insignificantes, y despues añade), queria ir á casa del señor Bertran para ver si me habia hecho un certificado. Subo por el lado del Palacio; encontrándome fatigado me apoyé en mi baston. Un individuo me encontró, y me dijo: «¿Qué haceis ahí?»—Ya lo veis, estoy descansando.—¿No teneis domicilio?—Sí.—¿A dónde vais?—A casa del señor Bertran.—¿Qué vais á hacer allí?—Algo que me importa. Entonces hablamos un poco. Me habló de la simpatia que yo le inspiraba con la sinceridad de un amigo: era un hombre el cual le inspiraba yo, segun decia, un vivo interés: Me dejó, y entré en casa del señor Bertran; éste habia salido y no debia volver hasta cosa de las nueve ó las diez.

Volví por segunda vez á sentarme en el banco del café del Palacio; el individuo que habia visto antes, viniendo de la parte del mediodia, se sentó á mi lado, me habló de las mismas cosas de antes, de las mismas simpatias de que me habia hablado con aire de amigo; nunca pude sospechar lo que me iba á hacer, léjos de eso. Despues que hubimos hablado volví á casa del señor Bertran: aún no habia ido á su casa; al salir vuelvo á encontrarme con aquel hombre que me pregunta: «¿qué os ha dicho?»—No le he visto.—Muy bien, venid, iremos á dar una vuelta.

Anduvimos por los alrededores del Palacio; cuando estuve cerca de la casa volví á ver si el señor Bertran habia vuelto; aún no. Me dirigí hácia la calle de la Blanquerie á casa del señor Riviere, donde estaba mi padre, que debia esperarme con impaciencia. Un agente de policia á quien encontré me dijo que lo encontraria acostado y hube de renunciar á mi proyecto; queria acompañarme, pero le contesté que ya sabia llegar solo á mi casa. Si hubiera sabido que aquel individuo de antes me esperaba, hubiera aceptado su ofrecimiento.

En lo alto de la Blanquerie estaba fatigado y me senté. El individuo llegando del lado de la sub-intendencia, me dijo con acento de sorpresa: «¿Aún estais ahí? Es preciso marchar, vámonos.» Nos fuimos y nos dirigimos hácia la plaza del mercado. Cuando estuvimos allí me preguntó las señas de mi casa; yo se las dí, y me dijo, vamos por aquí: yo queria tomar otra direccion, á lo cual me respondió: por aquí llegaremos mas pronto. Pasamos, pues, por